

CRÍTICA DE ARTE

Jugando al parchís con Jorge Peteiro

En la compostelana Casa de la Parra se exhibe la obra pictórica del coruñés Jorge Peteiro. Una pintura salida casi de un tablero de parchís porque está salpicada de cuatro colores: rojo, azul, amarillo y blanco. Con ellos juega a crear paisajes maravillosos tanto en pequeño como en gran formato. El ser humano, tras la larga jornada de trabajo, busca en ocasiones enriquecer el espíritu participando de acontecimientos culturales; otros llenan sus horas de ocio paseando, haciendo deporte o realizando otras actividades que les enriquezcan.

Peteiro, después de muchas horas dedicado a su noble oficio, desconecta recreándose en la gran pantalla u hojeando un cómic. Los tebeos o el cine de acción llenan su tiempo libre haciéndole pasar un buen rato y permitiéndole vivir escenas increíbles. Aunque la televisión abusa de figuras monstruosas, serán simpáticas criaturas las que formen la prolífica fuente de inspiración de este artista. El cine de animación, que tan bien plasmó la factoría de Walt Disney, influye claramente ya en sus primeros trabajos llevados a cabo sobre troncos de madera,

en la ambientación de su estudio cargado de aviones y futbolines nutridos de vivos colores o en las rocambolescas y curiosas criaturas que ahora habitan sus lienzos.

Los cuadros de Peteiro encierran vida. Recrean un ambiente que, lejos de ser monótono y gris, está insuflado por la presencia de extrañas figuras dispersas por unos territorios que recorren de un extremo a otro y que los ojos del espectador persiguen por marcar una fuerte diferencia con el mundo no fantástico.

Una clásica sentencia acuñó aquello de que nadie llega a ser grande imitando. Peteiro es de los que le molesta llegar al éxito por medio de otros, prefiriere llegar antes aunque ello suponga



Por Fátima Otero Bouza

mayor esfuerzo. Su pintura se ha nutrido tanto de aportaciones mironianas como de las mezclas impresionistas. Retrotrayéndonos en el tiempo, el trazado negro que envuelve las imágenes hace pensar en vitrales góticos. Somete tanto la composición como los elementos que las integran a un esquematismo geométrico: lienzos salpicados por variadas figurillas, muchos zoomorfos vertebrados que a modo de radiografías muestran el cráneo, la columna vertebral y costillas, pasean el interior de su ser conectando con las pinturas rupestres de determinados pueblos aborígenes.

El esquematismo también le sirve para encuadrar las escenas y preser-

varlas de una posible mutilación. Cenefas de peces, conchas marinas, hojas u otros seres han quedado encerrados en lazos que envuelven el cuadro. Son bandas de tornados, vientos que han pasado sobre el apacible escenario marino o montañoso y absorbieron a algunos de sus componentes arrastrándolos al interior del lazo-nube, que pronto se evaporará en forma de lluvia de aquello que succiónó en su camino: estrellas, peces, escarabajos o conchas. Seres un tanto surrealistas sostenidos por meros palos, lucen miembros operados de liposucción por ser hijos de la civilización anoréxica contemporánea.

Aunque plasme lugares conocidos, a Peteiro se le podría acusar de escapismo nostálgico, de falta de realismo ante el disgusto de la sociedad actual. Su labor se enmarca en un esfuerzo en el mejor de los casos conmovedor e infantil pero nada fácil.

A lo largo de los siglos ha habido artistas para todo, creadores de estilo, glorificadores de un régimen o, como poco, artesanos hacedores de cosas útiles. Peteiro pertenece a la clase de los proveedores de placer o deleite.